El mismo poeta decía que de él había muy pocas fotos. Esta es una de las escasas imágenes que se han conservado de él; las otras son dibujos.

CARLOS PEZOA VELIZ:

EL POETA TRISTE

De origen modesto y existencia sufrida, murió sin publicar un libro. Sin embargo, sus poemas siguen siendo recitados, recordados y estudiados por especialistas y profanos.

1879-1908

Por Eugenio Rodríguez F.

Pocos escritores chilenos se han ido a la tumba sin publicar libros pero conservando la fama pese al transcurso del tiempo. Uno de ellos es Carlos Pezoa Véliz, poeta paradojal, polémico, discutido y siempre citado, aunque sea sólo por sus poemas "Tarde en el hospital" y "Nada", los más difundidos.

Sus escritos sólo se conocieron en su tiempo a través de revistas y diarios. Publicó en "Pluma y lápiz", en "Instantáneas de luz y sombra" —dirigida por Augusto D'Halmar—, en "La comedia humana" —de sátira política y bajo el seudónimo de Juan Pereza y en la porteña "Sucesos", por nombrar sólo algunas.

Fue una especie de "corresponsal" de "La comedia humana" en Valparaíso, durante su permanencia en Viña del Mar, desde donde enviaba sus despachos para la sección "Vida del Puerto".

Luego de su muerte, ocurrida en 1908, Ernesto Montenegro, su amigo y admirador, recopiló parte de sus trabajos y los publicó bajo el título de "Alma chilena" (1912). Tiempo después Armando Donoso recopilaba otro tanto en "Campanas de oro" y "Poesías completas".

UNA EXISTENCIA SUFRIDA

Tratándose de un escritor, la perdurabilidad no puede deberse sino a la calidad de su legado. Pero si a eso se agregan detalles de una personalidad muy peculiar y de una muerte prematura, los acicates se incrementan y abonan la discusión y las citas. Pezoa Véliz murió de tuberculosis poco antes de cumplir los 29 años. El siempre había temido a esa enfermedad y se imaginaba tenerla desde mucho antes; para colmo el terremoto de 1906 lo sorprendió en Viña del Mar, dónde sufrió por la caída de su casa la rotura de ambas piernas y la parálisis de una cadera por anquilosamiento. De modo que sus últimos días fueron terribles, llenos de sufrimiento y dolor, como si las lides de su existencia humilde y batallada hubieran sido pocas.

Había llevado en sí también grandes contradicciones. Como poeta, era un hombre sensible y refinado, de buen vestir y cuidadoso con el aseo hasta lo obsesivo. Y sin embargo, la vida lo llevó a ese final ingrato y amargo que él se encargaba de subrayar con su carácter irascible y con un lenguaje procaz cuando hallaba la ocasión.

Una operación de lo que se pensaba era una apendicitis, lleva a los médicos a descubir que la TBC le había comprometido el aparato digestivo. La herida no sanó y las cosas se complicaron. El hedor se hizo insoportable, los dolores lo mismo, y las sesiones de curación se transformaron en un infierno de cada día. El enfermo blasfemaba y despotricaba con las palabras más duras jamás escuchadas por quienes lo asistían. Interrogado sobre el porque de esa manera de reaccionar ante el dolor y la fatalidad, respondía, simplemente, que esa descarga lo aliviaba el dolor y la desesperación.

Dibujo de César Musacchio, aparecido en la revista porteña "Sucesos", el 30 de abril de 1908, nueve días después de la muerte del poeta.

El crítico Omer Emeth (y capellán del hospital donde yacía) le decía al doctor Cienfuegos, quien estuvo más cerca del enfermo durante su período final: "Me molesta este hombre tan majadero e impertinente. Sin embargo, vengo a verle y me quedo, a veces hasta dos y más horas con él. Es increíble cómo me retiene su palabra".

OTRA COSA EN POESIA

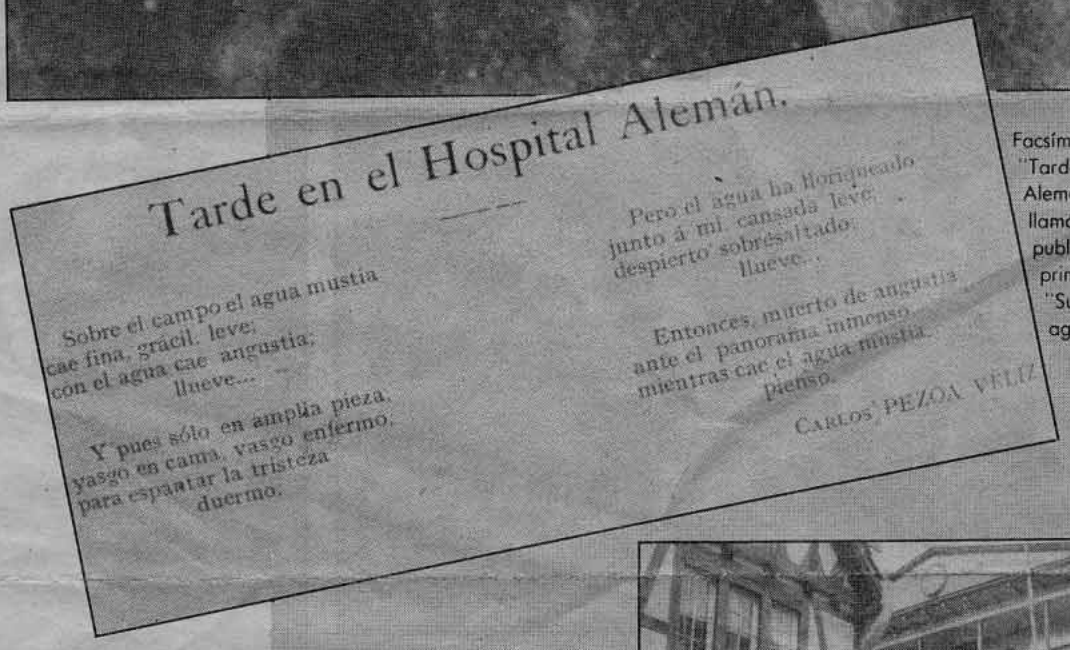
Aquello sólo podía suceder porque se sabía de su talento y su fuerza con la pluma en la mano. No por otra cosa se le respetaba ya, no obstante no tener libros publicados, ser tan joven e impertinente.

Augusto D'Halmar lo conoció en la redacción de la revista "Luz y sombra", llegando del sur bajo un grueso poncho de castilla. Era secretario de redacción de la revista, y por tal motivo había recibido versos de Pezoa Véliz por correspondencia. Algunos —cuenta— los había publicado; otros estaban olvidados en algún rincón de la pieza donde trabajaban. Pese a ello, se hicieron amigos. Los versos preteridos eran en realidad mediocres o malos.

Más tarde, Pezoa le pediría consejo a D'Halmar y lo invitaría a pasar un tiempo juntos en su casa de Viña del Mar, donde el poeta había conseguido

El Diario Austral, supl., Temuco

En esta fotografía, Pezoa Véliz (primero de la izquierda) aparece junto a Víctor Domingo Silva y Augusto D'Halmar.



Tarde en el Hospital Alemán.

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

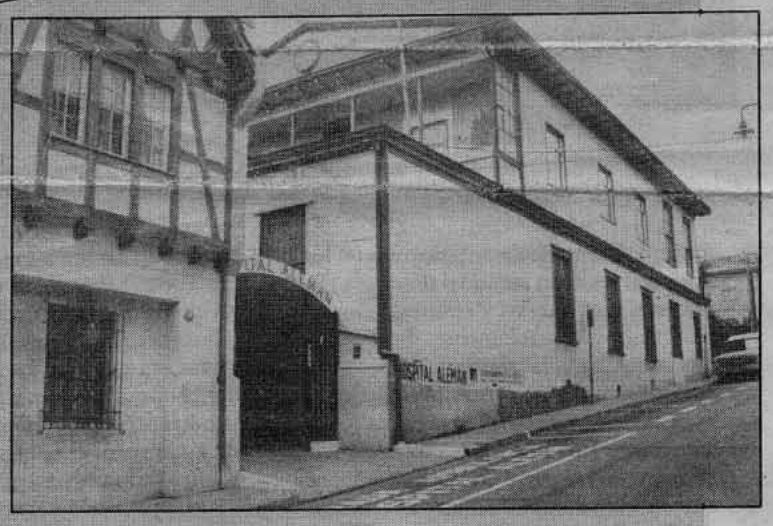
Y pues sólo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto á mí cansada leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

CARLOS PEZOA VÉLIZ

Facsímil del poema "Tarde en el Hospital Alemán", como se llamó originalmente, publicado por primera vez en "Sucesos", el 29 de agosto de 1907.



Frontis del Hospital Alemán de Valparaíso, en el cerro Alegre, donde escribió "Tarde en el hospital". En su tiempo, el lugar era menos edificio y más "campo", como lo dice el poema.

un empleo como secretario municipal, y logrado con ello una estabilidad que antes no había conocido. No sólo en lo que a recursos se refiere, sino que también a un orden de vida, puesto que antes había enfatizado más la bohemia que el trabajo ordenado y productivo.

Antes de asistir al Ateneo de Santiago, Pezoa dio a conocer a D'Halmar su poesía "Pancho y Tomás". Posteriormente la leyó en el cenáculo, pero no supo darle el énfasis necesario, ni siquiera sostener en buen volumen el tono de su voz. No fue ningún éxito su paso por el Ateneo, pero no faltaron los que se dieron cuenta del talento que había detrás de esos versos duros y sencillos, desprovistos de imágenes y metáforas floridas: "Pancho, el hijo del labriego,/ y su hermano el buen Tomás,/ serán hombrecitos luego:/ Pancho será peón de riego,/ y su hermano, capataz.// Porque los chicos son guapos/ de talladura y de piel:/ viven como unos gazapos/ entre el bosque hecho guiñapos/ o algún llano sin dintel;/ o montados en el anca/ frescachona y montaraz/ de alguna arisca potranca/ que ha crecido en la barranca/ sobre la avena feraz"...

UNA FORMA A CONTRAPELO

Su estro lo empuja a exaltar los perfiles del pueblo con todos sus altibajos, pese a que la corriente de su tiempo se dirigía en otro sentido. El iba a contrapelo. Raúl Silva Castro, quien realizara un completísimo estudio sobre la personalidad y la obra del poeta, escribió al respecto: "Es, en suma, un lírico independiente y audaz, en los propios días en que el modernismo decorativo llenaba de flores y de cisnes los jardines americanos, cisnes y flores que a Pezoa Véliz interesaron poco o nada".

No es gratuita su actitud. Hay una rebeldía, un deseo de redención por los pobres y desamparados. Por eso, luego de conocer brevemente la vida de cuartel, escribe en "La pena de azotes": "Formado el batallón rígido humilla/ al pobre desertor aprehendido/ que sobre el patio del cuartel tendido/ siente el roce brutal de la varilla"...

Y en "Entierro de campo": "Con un cadáver a cuestas,/ camino del cementerio,/ meditabundos avanzan/ los pobres angarilleros. (...) Y allá en la montaña obscura,/ ¿quién era?, llorando pienso:/ ¡Algún pobre diablo anónimo/ que vino un día de lejos"...

Su verso duro de forma y de fondo, sin embargo, sabe hacerse fluido y blando en otras composiciones. "En la poda" tiene estos versos iniciales:

"Cantando va el alegre carretero/ frente a sus bueyes tristes y cansados;/ en su carreta lleva el limonero/ que me daba en las tardes de febrero/ la sombra de sus ganchos inclinados"...

Sin embargo, ninguno más melancólico y ajustado en su forma y su fondo que su "Tarde en el Hospital Alemán" (nombre con que fue publicado por primera vez el poema en la revista "Sucesos" de Valparaíso): "Sobre el campo el agua mustia/ cae fina, grácil, leve;/ sobre el agua cae angustia;/ llueve.../ / Y pues solo en amplia pieza/ yazgo en cama, yazgo enfermo,/ para espantar la tristeza,/ duermo.// Pero el agua ha lloriqueado/ junto a mí, cansada, leve;/ despierto sobresaltado;/ llueve.../ / Entonces, muerto de angustia/ ante el panorama inmenso,/ mientras cae el agua mustia,/ pienso."

LOS DIAS FINALES

Esos eran los días finales de su existencia. Estaba internado en el Hospital Alemán de Valparaíso, a causa de las heridas que le había provocado el terremoto del 16 de agosto de 1906 (unos dicen que en su propia casa —"La pajarera verde", como le llamaba—, otros que en una pensión de la calle Viana en Viña del Mar).

El hecho es que se complican las cosas y el enfermo es trasladado al Hospital San Vicente de la capital, donde tendrían lugar las dramáticas escenas ya mencionadas, hasta su muerte acaecida el 21 de abril de 1908. (Sobre su nacimiento hay dudas, pero él mismo escribe que "según me han dicho, he nacido el 21 de julio de 1879, en Santiago"... Sobre sus padres tampoco hay claridad, suponiéndose que son el comerciante José María Pezoa y doña Emerenciana Véliz, quienes en realidad lo habrían adoptado).

Augusto D'Halmar dice en una conversación con Januario Espinoza sobre el poeta: "Herido, ya no volvió a levantar cabeza, y sus últimos lechos fueron los de los hospitales. Me tocó hacerle mi última visita en el San Vicente, en vísperas de mi partida a la India. ¡Es lástima, me dijo, que usted, tan desamparado para la vida, tenga que irse tan lejos! Y agregó: ¡Sin mí, que podría salvaguardarlo! Me lo decía con su voz acerba y fraternal, ese pobre vencido, mientras yo, de veinticinco años, entraba en los umbrales del porvenir. Ya sabemos su fin: muerto a los 28 años, ningún amigo acompañó al cementerio sus restos, para que se cumpliera lo que él predijo: Tras la paletada,/ nadie dijo nada, nadie dijo nada".

No obstante eso, que se dio tal cual en la triste realidad, la gente, los estudiosos, los simples mortales, siguen diciendo cosas de este poeta que vive en su obra. CD